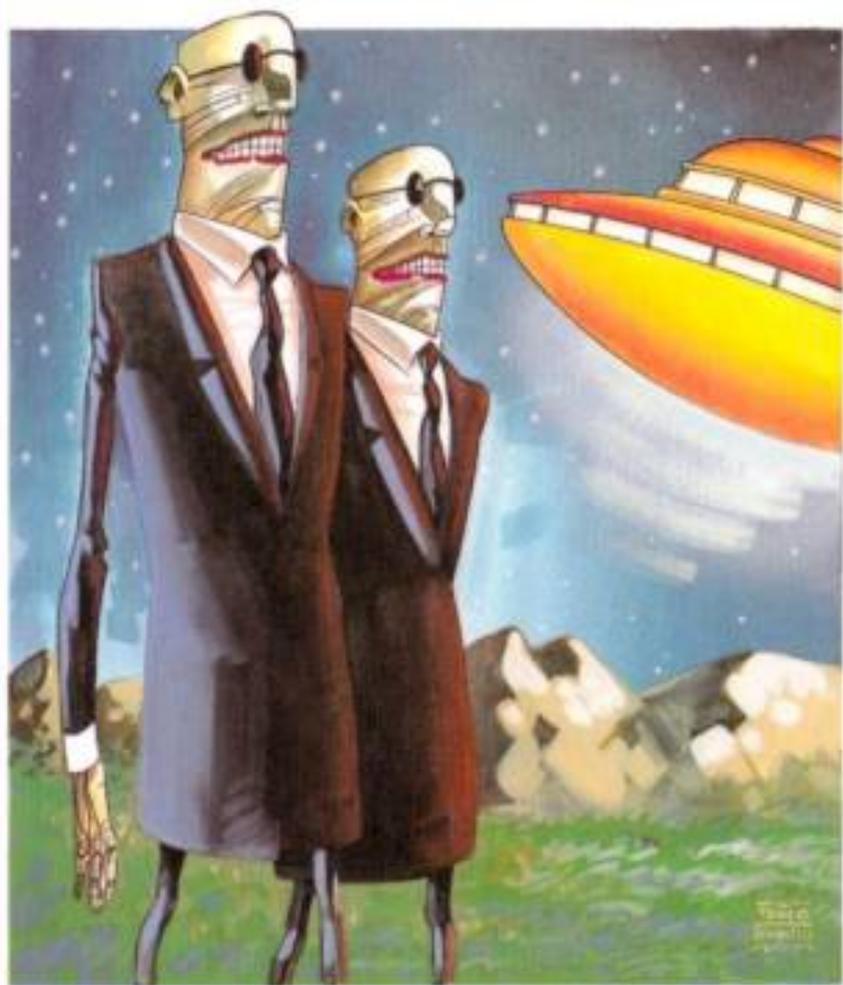


ala delta

Tomás CALLEJA

**UN OVNI EN
SANTA MÓNICA**



Un ovni aterriza en Santa Mónica, según cuentan los que dicen haberlo visto. A partir de la información del periódico, un profesor propone a sus alumnos realizar un trabajo de investigación del que nacen extraños sucesos.

Tomás Calleja ha sido durante muchos años profesor, y su experiencia como tal le sirve para contar historias fantásticas cercanas a los niños.

Índice de contenido

Cubierta

Un ovni en Santa Mónica

Una noticia sensacional

La inscripción misteriosa

Los equipos de trabajo

Una visita a Santa Mónica

El ojo amoratado

El sabihondo de El Relajal

La placa ovalada

Otro hombre vestido de negro

La sospecha inquietante

Rodrigo y Jorge, detectives

La inscripción de Lavapiés

La cueva de Gace

La policía en acción

Los trabajos de Carmelo y de Carlos

Epílogo

Una noticia sensacional

AQUELLA mañana los chicos llegaron al colegio excitados e interrogantes por lo que, según decían, había ocurrido durante la noche en un barrio de Madrid. Yo, ocupado en corregir ejercicios y preparar pruebas para los exámenes, no había oído la radio ni leído el periódico, y no me había enterado de nada. Por eso, cuando me preguntaron cuál era mi opinión respecto a la noticia, hube de interrogarles a mi vez qué era lo que había sucedido.

–Pero ¿no sabe lo del ovni?

–¿De qué ovni?

–Del que aterrizó anoche en Santa Mónica.

–No, no sé nada. Y me extraña mucho que eso sea verdad. ¿O es que queréis gastarme una inocentada?

–Que no, señor profesor, que es cierto –me aseguró Gonzalo, un chico muy serio, tanto que era incapaz de gastar una broma.

–Bueno, yo, ¿qué queréis que os diga? No niego la posibilidad de que existan ovnis, pero dudo de la veracidad de semejantes noticias.

–Pues esta mañana no se habla de otra cosa en Madrid –saltó Aitana, una chica rubia como el oro, de grandes ojos azules y la mar de vivaracha.

–Según comentan –completó Rosina–, hay bastantes testigos que lo han visto.

–La radio y la televisión lo dijeron anoche –añadió Hagen.

—Yo también lo oí —dijo Ana María, que estaba deseando aportar su conocimiento respecto a lo acaecido.

Ante aquella abrumadora información, debo confesar que me quedé no sólo sorprendido, sino boquiabierto. Últimamente había leído bastantes cosas sobre los ovnis; pero todas sus apariciones, y sobre todo sus presuntos aterrizajes, habían tenido lugar, hasta entonces, y según mis conocimientos, lejos de Madrid. En cuanto a la demostración de que algunos se hubieran posado de verdad en tierra, a mi juicio, dejaba mucho que desear. Mas ahora que se nos presentaba un caso a las mismas puertas de nuestras casas, creí que era un buen momento para apear-me del escepticismo que me embargaba.

Así pues, y como íbamos a dar comienzo a la clase, me pareció una ocasión magnífica para dedicarla por entero al tema de los ovnis. Esta misma idea latía en la mente de todos mis alumnos, quienes, aun sin yo decirles nada de mis intenciones, me pidieron con insistencia que les contara cuanto supiera de ellos.

En pocos casos se dispone, al tratar una materia, de una motivación mayor y de una predisposición psicológica tan favorable. Así que, con objeto de tener la información más amplia posible para iniciar la sesión que me proponía dedicar al asunto, mandé a Rodrigo, un chico moreno, guapote, y muy servicial, que se acercase al quiosco más próximo y comprase el diario que con más extensión trataba la noticia.

Cuando regresó al aula, con los brazos en alto, agitó el periódico en actitud de triunfo, como diciendo: «¡Aquí está!, ¡aquí está!».

Seguidamente fue a entregármelo, pero le rogué que leyera él mismo la noticia en voz alta para, después, comentarla entre todos y sacar las conclusiones que nos parecieran más acertadas.

Rodrigo, antes de hacerlo, nos mostró a todos la primera página del diario, moviéndolo a derecha e izquierda,

para que pudiéramos leer el titular que aparecía con letras grandes: «Un ovni aterriza en Santa Mónica».

Debajo había una foto, en cuyo pie ponía:

Objeto volante no identificado que voló ayer a las 20.30 sobre San José de Valderas.

Luego, y como introducción, Rodrigo leyó:

El extraño artefacto tenía la forma de una lente biconvexa y una especie de cúpula que emitía una luz anaranjada.

Seguidamente continuó con el texto:

Ayer, sobre las 21 horas, y según testigos presenciales, aterrizó cerca del restaurante La Ponderosa un extraño artefacto con tres patas retráctiles. El objeto tenía forma de lente biconvexa y ventanillas a su alrededor. Emitía una luz fluorescente anaranjada y ostentaba una especie de emblema formado por dos signos superpuestos, que aparentaban ser una H y una I.

Realizada una inspección ocular del lugar en el que, según los testigos, había tomado tierra, se han descubierto tres hendiduras rectangulares de 30 × 15 centímetros, situadas en los vértices de un hipotético triángulo equilátero de seis metros de lado. En el interior de esa superficie se describía un círculo, a base de hierba totalmente chamuscada, de cuyo centro se ha recogido polvo de un metal plateado y brillante.

Adjuntamos la fotografía del objeto, obtenida cuando sobrevolaba San José de Valderas, en la que los lectores podrán comprobar las características descritas por los que avistaron el ovni.

Terminada de leer la noticia, Rodrigo mostró la fotografía a sus compañeros.

Éstos protestaron porque, a la distancia a la que se encontraba, sobre la tarima, no podían distinguir nada, y hubo que entregarles el periódico para que se lo pasaran de mesa en mesa. Cuando acabaron de verlo, Montse me preguntó:

–Y ahora, ¿qué opina usted? ¿Es verdad o mentira lo de los ovnis?

–Prefiero que seáis vosotros quienes lo discutáis. Como no estoy seguro de nada, no quiero afirmar su existencia, ni negarla, porque mis palabras podrían ser tomadas como artículo de fe, y deseo evitarlo.

–Pero díganos algo –insistió Blanca, una chica guapísima que hacía honor a su nombre.

–Podría relataros lo que saben cuantos han tenido la curiosidad de bucear en el fenómeno ovni mediante los testimonios más antiguos de la humanidad. Pero, vuelvo a insistir, no son cosas que haya que creer a pies juntillas; en primer lugar, porque se ignora si esos textos fueron escritos en sentido real o figurado, es decir, si sus palabras se ajustan a su significado propio o son metafóricas. Creo, no obstante, que no hay que desechar esos testimonios, sino que son dignos de tenerse en cuenta para la investigación de tan apasionante fenómeno.

–Entonces –intervino Carlos–, ¿usted no cree que haya otros mundos habitados?

–Pienso que puede haberlos. Y para los hombres sería interesantísimo descubrirlos. Pero también opino que es necesario tener en cuenta sus condiciones físicas e incluso la materia de que estén formados, que, al menos fuera de nuestro Sistema Solar, no tiene por qué ser idéntica a la de la Tierra. Por ello, las condiciones de vida y la misma constitución de los seres que vivan en ellos, si es que los hay, pueden ser muy diferentes de las de aquí.

–¿Desde cuándo hay noticias de la existencia de naves interplanetarias? –me preguntó Lucas, un muchacho curioso, amigo de enterarse de todo, ni alto ni bajo, de pelo

crespo, con un tic nervioso que le hacía inclinar a un lado la cabeza y guiñar un ojo al tiempo que la levantaba.

–Supongo que todos tenéis otras muchas preguntas que hacerme. Pero, como no sabría contestároslas, me gustaría que vosotros mismos buscarais las respuestas; con lo cual, las asimilaríais mejor y me podríais enseñar a mí muchas cosas. Por eso, si os parece, vamos a dedicar al tema de los ovnis el tiempo que sea preciso, a fin de que lo podáis estudiar a fondo. Para repartir el trabajo, podéis formar varios grupos. ¿Qué os parece?

–Bien, muy bien –dijeron todos al unísono.

–Pues entonces, yo voy a limitarme a daros pistas para que llevéis a cabo la tarea. Luego, podéis consultar en los libros de nuestra biblioteca e ir a otras en las que haya obras especializadas en el tema. Espero que lo paséis muy bien; será algo así como un juego de escondite en el que habrá que buscar noticias en vez de personas. ¡Ah!, y si algún grupo quiere, puede incluso ir a Santa Mónica y entrevistar a las gentes que vieron el ovni, hacer un croquis del lugar y sus alrededores...

–Yo quiero.

–Yo también.

–Y yo...

Todos querían ir a Santa Mónica, como si todavía estuviera allí el ovni.

Y claro es, podían ir si los dejaban sus padres, pero hacer una serie de trabajos sobre semejante acontecimiento no cubría ni mucho menos el objetivo que me proponía. Y, sobre todo, si versaban sus trabajos sobre lo mismo, no darían contestación a sus muchas e interesantes preguntas. Por eso les sugerí que de lo de Santa Mónica se ocupara sólo un grupo, y que los restantes se responsabilizaran de hallar las respuestas más adecuadas a cada uno de sus interrogantes.

–Las cuestiones para investigar –les dije–, según las preguntas que me habéis hecho, son: primero, si hay o

puede haber vida en otros mundos y, segundo, las apariciones de posibles naves extraplanetarias a lo largo de la historia. Este último punto, como es muy amplio, debemos repartirlo entre varios grupos: uno investigará la presunta aparición de ovnis en la antigüedad; otro, la aparición de esta clase de objetos en España; de la aparición y del aterrizaje de ovnis en el extranjero se ocupará otro grupo; finalmente, y como es natural, otro, del que ha aterrizado en Santa Mónica. ¿Qué os parece?

Contestaron que muy bien y, como eran cinco los temas para investigar, les propuse que ellos mismos se repartieran los trabajos y formaran los cinco equipos, eligiendo cada uno el asunto que más le interesase, y que me lo dijeran al día siguiente.

La inscripción misteriosa

CUANDO finalizó la clase, y mientras me dirigía a casa, mi pensamiento siguió ocupado con el tema de los ovnis. Dándole vueltas, hubo un momento en el que acudieron al primer plano de mi memoria unos extraños grabados que había visto en una cueva de la cuenca del río Gace, muy cerca de un pueblo llamado Aguera.

En la misma gruta habíamos encontrado también una lancha en la que aparecían grabados unos caracteres muy extraños, dispuestos en cuatro renglones y ejecutados con una técnica de repicoteado. La inscripción, si efectivamente lo era, para mí resultaba indescifrable, ya que ninguno de sus signos me recordaba a los alfabetos por mí conocidos.

Por eso pensé, y así se lo dije a los discípulos que me acompañaban en aquella ocasión, que tanto los grabados como la misteriosa inscripción podían haber sido hechos por seres de otros mundos. ¡Qué ilusión! ¿De otros mundos? ¿Pero es que acaso existía vida inteligente en ellos?

Entonces, la duda parece que no tenía otra respuesta que: imposible. Pero he aquí que el ovni aterrizado en Santa Mónica venía a demostrar no sólo su posibilidad, sino, de ser verdad, su misma evidencia.

Aunque cogimos la laja de la escritura para llevárnosla y darla a conocer, con objeto de ver si alguien lograba descifrarla, un suceso imprevisto hizo que tuviéramos que abandonarla en la misma cueva. ¿Estaría todavía allí?

Estos pensamientos hacían que me afirmase en la conveniencia de investigar cuanto de cierto o de fantasía se hubiera publicado sobre los ovnis. Podía haberlo hecho yo, pero era mejor que, hasta donde pudieran, lo hicieran los chicos de la clase. De esa forma, y basta que estaban motivados al máximo para ello, desarrollarían su imaginación, ampliarían sus conocimientos y, durante el tiempo que durara su investigación, vivirían una apasionante aventura.

Saltando de nuevo mi imaginación a la ¿escritura? de Gace, recordé otra que, poco después de trasladarme a Madrid, vi reproducida en uno de sus diarios. Según decía, había sido hallada en un país americano, y el escritor que la daba a conocer aseguraba que había sido escrita por los extraterrestres. Como para el trabajo que iban a llevar a cabo los chicos consideraba de alto interés poderles mostrar esta inscripción, me puse a revolver en las carpetas de mi archivo, pues me parecía recordar que la había guardado en una de ellas.

¡Qué trabajo para encontrarla! Aunque soy bastante ordenado, no lo suficiente para dar con un recorte de prensa entre los miles que se amontonaban en mis carpetas, destinados a la preparación de mis lecciones y escritos. Dificultó más la búsqueda no saber en qué fecha se había publicado, aunque recordaba que había sido uno de los primeros años que ejercía en Madrid. Por entonces me había trasladado de casa, y, al hacer limpieza de papeles, quizá lo tiré a la papelera sin darme cuenta.

Pensar que pudiera haber sido así me causaba gran desazón, porque creía llegado el momento de sacarle un beneficio, al menos para espolear la curiosidad de mis discípulos. Aquel día no pude encontrarla y me abstuve de decir nada en clase. Pero la hallé al siguiente, y preparé una charla en torno a ella. Les conté la aventura que corrimos en la cueva de Gace, con el hallazgo de los grabados y la presunta inscripción, para, seguidamente, tratar del

recorte de prensa que publicaba la encontrada en América.

Se la mostré y les dije que la pasaran de mesa en mesa. La fueron mirando, unos con curiosidad y otros con indiferencia. Hubo uno, sin embargo, que la retuvo mucho más que los otros, como embebido en sus signos extraños.

Fue Carlos Aboli, un muchacho de trece años, moreno, de pelo y ojos negros, al que ya empezaba a despuntar el bigote. Su estatura era la corriente en los chicos de su edad, y no había en su cuerpo ni en su modo de vestir nada que llamara la atención. En la manera de comportarse era, no obstante, raro: poco sociable, con unas ideas fijas y tan introvertido que muchas veces ni se enteraba de lo que sus compañeros estaban diciendo a su lado.

Aunque lo corriente es que a los muchachos de su edad les gusten los juegos, y sobre todo los deportes, al tiempo que empiezan a interesarse por las chicas, a él todo eso le daba de lado. Bueno, eso y otras cosas, porque, a pesar de que era un superdotado, había asignaturas en las que la calificación no pasaba de un aprobado mondo y lirondo. Y eso gracias a que yo procuraba motivarlo al máximo para que, dada su gran inteligencia, en la clase diera de sí lo que era capaz de dar con sólo que se lo propusiera.

Sobresalía sobre todo en las matemáticas. Muchas operaciones, por no decir todas, las hacía mentalmente y con más rapidez que cualquier calculadora. Lo curioso era que, aunque yo procuraba enseñarle cada día nuevas cosas, muy superiores a las que prescribía el programa para su curso, siempre me quedaba corto, pues, apenas le enseñaba algo, me sobrepasaba con mucho en su aplicación.

Al principio me llamó poderosamente la atención cómo daba la solución exacta, de memoria y al momento, a

operaciones que, aunque sencillas, exigían para sus compañeros el uso de lápiz y papel.

Cuando se lo dije a los demás profesores del colegio, no querían creerlo y, si se encontraban con el chico, no dejaban de probar sus dotes: «Oye, ¿quieres decirme cuántas son 78 439 y 76 842?». A lo que él, sin detenerse un momento, les daba la solución. Resultado que ellos, atónitos e incrédulos, no podían comprobar por habérselos olvidado las cantidades que le habían dicho. Por eso, cuando intentaban de nuevo comprobar su envidiable capacidad, tenían buen cuidado en llevar de antemano escrita y resuelta la operación que iban a proponerle, para comprobar así la exactitud de su respuesta. Y lo mismo le daba que fueran multiplicaciones, que divisiones, que potencias o extracción de raíces.

Sin embargo, Carlos Aboli era bastante patoso en gimnasia, dibujo e incluso en geografía. En la primera, porque el ejercicio corporal programado, al igual que los deportes, le parecía que eran una manera de perder el tiempo. Un tiempo que consideraba precioso para emplearlo en leer y pensar en la realidad de la vida y su transcendencia, ya que para él era precisamente el pensamiento el que había movido y seguiría moviendo el mundo.

Embebido en la contemplación de la misteriosa escritura, no se había dado cuenta de que, en su recorrido por las mesas, no les había llegado a otros compañeros, y tuvieron que recordárselo.

—Oye, tú, que la tenemos que ver todos.

—¿Es que te has quedado dormido?

—¡Venga, que es para hoy!

Ante semejantes apremios, algunos dichos en tono poco amistosos, Carlos pasó la hoja de papel a los que tenía más próximos, al tiempo que me preguntaba:

—¿Puedo sacar una copia de esta inscripción?

—Claro que sí, tú y todos cuantos compañeros lo deseen. Pero, como, aunque lo hicierais por equipos, tarda-

ríais bastante y necesitamos el tiempo para otras actividades, es preferible que uno la copie en la pizarra y los demás la reproduzcáis en vuestras libretas. Cuando terminéis, hacéis una redacción titulada «La escritura misteriosa», en la que cada cual hará constar dónde se encontró, las opiniones que hay sobre ella y cuantos comentarios, más o menos fantásticos, se os ocurran en torno a la misma.

La proposición agradó a todos y, cuando el recorte de periódico terminó de dar la vuelta a la clase, Rosina, que era la que mejor dibujaba del curso, salió al encerado, se armó de tiza y comenzó a trazar aquellos signos enigmáticos.